

LA PLAGA

Nada volverá a ser como antes, eso seguro. Pero no pretendo hacer ninguna previsión de futuro sino, más bien, rescatar un poco de sentido común del pasado inmediato y tratar de llevarlo al enloquecido presente para que el desastre que viene no sea tan grande. Y eso, teniendo en cuenta que en el pasado inmediato de sentido común ya quedaba muy poco...

Con nostalgia recuerdo aquellos tiempos en que se podía tener una buena galipandria, lucirla ostentosamente y bromear al respecto. Alguien decía, siempre medio en broma, lo de «No te me acerques tanto que me contagiarás los virus». En todas las farmacias donde trabajé, en cambio, y también medio en broma, claro, me sentía «¡hala!, sal aquí a esparcir virus, a ver si les pegan y vienen a comprar de una vez». Y es que entonces yo solía tener resfriados de tos y mocos, uno tras otro, porque tenía la fea costumbre de tomar antibióticos y antigripales pensando que eran algo bueno. Aún no había descubierto la existencia de la medicina natural, aunque, justamente comentarios como estos ya me hacían dar cuenta de que la farmacia era puro negocio donde la salud sólo era una palabra vacía de significado. Me preguntaba quién me podía haber pegado a mí, pero la única respuesta que encontraba era que me había salido después de pasar frío, yo solita... Y es que sólo hay que ver cómo, a nivel popular y en todas las culturas asocia este fenómeno al frío («pegar un resfriado», «pillar un resfriado», «catch a cold»...) y nunca a la proximidad con los demás.

Entonces la teoría del contagio era suficientemente ambigua como para adaptarse a cualquier hecho. Quien caía enfermo era porque «no estaba bien de defensas» y lejos quedaba la idea de impedir ningún contacto entre personas a fin de evitarlo. Entonces la sensación, al menos la mía, era de que los derechos y libertades eran sagrados y formaban parte de la vida, junto con todas las enfermedades, alegrías y tristezas que esta pudiera contener, incluyendo la idea de que un día u otro todos debemos morir.

Las revistas farmacéuticas iban llenas de artículos hablando de diferentes virus causantes de resfriados y gripes, entre los cuales los coronavirus eran habituales virus catarrales; los que seguramente yo, como tantos otros, iba esparciendo entre la clientela, y la clientela a nosotros, y no pasaba nada!

Como soy de hacerme preguntas y valoro cosas tan poco habituales como la honestidad y la coherencia, acabé por descubrir la medicina natural y los nuevos paradigmas a ella asociada; cosas que deberían ser tan obvias como que el cuerpo se cura a sí mismo, pero que ya todo el mundo ignora, empezando por los médicos y otros sanitarios, que han recibido una formación donde el adoctrinamiento es el eje central.

Sí, yo también estudié en la universidad, la carrera de farmacia, y sé de qué hablo. El mundo académico es autoritario; lo que dice el profesor es verdad indiscutible y todo es una carrera de exámenes con mucha materia que hay que aprobar como sea. Los jóvenes estudiantes, inmaduros, superficiales y con ganas de fiesta y nada más, aplican la ley del mínimo esfuerzo, empezando por el mínimo esfuerzo mental de no ver ninguna incoherencia ni falsedad en lo que se les dice. Tampoco se interesarán nunca por aquel tema que, cuando llega en junio, nunca ha habido tiempo de dar. Eso sí, se nos hincha la soberbia, que es justo lo que impide el verdadero aprendizaje, que se basa en la humildad, y se empuja a despreciar y considerar

inferior al que no es universitario. Todo ello, desde una actitud de asco hacia los conocimientos, que se procura que molesten dentro de la cabeza lo menos posible, justo hasta aprobar los exámenes.

De modo que estos son la mayoría de profesionales que tenemos: superficiales y arrogantes, desde la ignorancia se cogen en el dogma para ejercer el poder. Creen saberlo todo, pero sólo saben lo que conviene que sepan para que hagan lo que conviene que hagan. El sistema les ha dejado con el cerebro lavado, el culo alquilado y el alma muerta, que son las tres características necesarias para estar adaptado a esta sociedad, y darse cuenta se les haría demasiado duro.

Después hay una minoría de médicos honestos, claro. Son los disidentes a quien honro y de quienes he aprendido. Son los perseguidos.

Este era el panorama hasta primeros de marzo de 2020: un sistema sanitario que se ha ido pervirtiendo cada vez más en las últimas décadas hasta ser la primera amenaza contra la salud. Yo estaba dando charlas al respecto, con la esperanza de rescatar al máximo número de personas de sus garras, mientras todavía había libertad de expresión, de reunión, de movimiento...

Entonces todo cambió: tengo la impresión de que el 10 de marzo me fui a dormir en Cataluña y el 16 me levanté a Corea del Norte.

El protagonismo ahora lo tiene un virus fantasma en nombre del cual se está castigando a la población con una crueldad sin precedentes y destruyendo todo lo que aún diferenciaba los humanos de los animales de granja: Economía, cultura, relaciones humanas, familia... La inteligencia y la ética han quedado abolidas y casi nadie las echa de menos. Da miedo vivir en un mundo así.

Con la teoría microbiana del contagio, los dueños del mundo han hecho un buen trabajo de manipulación mental de la población para llevarla al abismo del terror y poner a todos a hacerse daño a sí mismo y a hacer daño a los demás. Esta teoría microbiana del contagio resulta ser de una perversidad psicológica pasmosa. Con insistencia nos han ido grabando en el inconsciente la relación microbio-enfermedad-muerte, y el microbio lo lleva el otro. Por lo tanto el otro es el peligro; el enemigo. Esto garantiza que estemos todos contra todos. Y contra todo lo que el poder nos quiera poner: animales, objetos, cosechas... Todo puede ser devastado bajo el pretexto de eliminar un virus, a cañonazos...

Justamente las medidas impuestas son todo lo contrario de lo que la salud necesita. Se nos ha privado del sol y el aire primaveral, del ejercicio y de lo más importante: el contacto humano. Los niños encerrados sin poder salir a jugar; los viejos y enfermos sin recibir visitas; los muertos, sin funeral. Las mascarillas no dejan respirar y los pequeños negocios cerrados quedan condenados a la ruina. En ninguna guerra ni dictadura se ha visto nada parecido: que falle todo y de golpe. Y lo peor es que la sociedad lo acepta. Han cocinado el caos y el desastre perfecto. Las condiciones impuestas, y dócilmente acatadas, garantizan que todos estemos enfermos a medio plazo. Siempre son las malas condiciones (pobreza, inseguridad...) las que generan enfermedades y el poder lo sabe. Por eso lo tapa con la teoría microbiana del

contagio, y le está saliendo redondo. Ahora, además, con las medidas impuestas está generando justamente la enfermedad que dice querer evitar. Y es que resulta que, además del frío, las infecciones respiratorias provienen de un conflicto de amenaza, según la NMG, y, de amenazas vamos bien servidos.

Ahora los vecinos se denuncian. No se tolera a quien quiere pasear, tomar el sol, hablar, estar bien. Los envidiosos y los sádicos abundan y campan por sus respetos y no toleran que nadie esté mejor que ellos: es la plaga emocional, que muy bien describió Wilhelm Reich, uno de los grandes genios reprimidos por el sistema. Esta plaga emocional sí es la verdadera epidemia que tenemos.

Si no desmontamos esta idea errónea y perversa del contagio nunca saldremos de la oscuridad a la que nos están abocando. Nos dejarán salir de casa pero ya no nos acercaremos a nadie. Nos hablarán de nuevos virus e iremos aceptando nuevos castigos. La inhumanidad habrá quedado normalizada.

Siento vergüenza ajena cuando veo la docilidad con que la mayoría se ha dejado quitar las pocas libertades que nos quedaban. Ojalá lleguen algún día a sentir vergüenza por lo que hicieron; por como la cagaron. Si es así querrá decir que la dignidad y la cordura se han podido recuperar y se puede volver a lucir galipandria desenfadadamente, sin peligro de ser tratado como delincuente. Si no, habremos llegado ya al extremo absolutamente invivible de este estado de cosas donde todo cada vez va siendo más falso, más feo y más triste.

Teresa Morera

Manresa, 27 de març de 2020